

ISSN 1666-4884

Por qué los economistas no quieren a la cooperación

Charles Gide

Documento 78

AUTORIDADES

DECANO

Alberto Edgardo Barbieri

VICEDECANO

Luis Perez Van Morlegan

SECRETARIO DE

INVESTIGACIÓN Y DOCTORADO

Eduardo Scarano

DIRECTORA DEL INSTITUTO DE

INVESTIGACIONES ADMINISTRATIVAS CONTABLES Y MATEMÁTICAS

SECCIÓN ADMINISTRACIÓN

María Teresa Casparri

DIRECTORA DEL CENTRO DE

ESTUDIOS DE SOCIOLOGÍA DEL TRABAJO

Mirta Vuotto

Porqué los economistas no quieren a la cooperación¹

Charles Gide

A decir verdad, los economistas no admiten este reproche y responden con un gesto educado de desaprobación. Puede ser, de hecho, que no tengan conciencia de esta antipatía, pero el hecho de que sea irreflexiva como se dice, inconsciente, no la hace menos significativa. Vale la pena entonces buscar las causas. Aunque esto podría ser un capítulo interesante en la historia de las doctrinas, nos limitaremos a aportar como pruebas, con el apoyo del título de este artículo, algunas breves indicaciones. Especialmente la cooperación de consumo la que tenemos en cuenta, porque solamente ella es objeto de esta hostilidad no confesada. Comencemos por establecer el hecho.

Entre 1844-1848, en la época en que los Pioneros de Rochdaleya habían formulado un programa que, redactado por sus propias manos -habituadas a manejar el telar y no la pluma-, debía, sin embargo, ser tan durable como si hubiese sido grabado sobre la piedra, como los Diez Mandamientos o sobre el bronce como la Ley de las Doce Tablas, en esta misma época, dos grandes economistas, Stuart Mill en Inglaterra, Bastiat en Francia, preparaban o publicaban sus libros que serían autoridades durante medio siglo. Ahora bien, ni uno ni otro percibió el nacimiento de la cooperación, o si no lo ignoraron, en todo caso no juzgaron que valía la pena mencionarlo. Y esta indiferencia es tanto más curiosa siendo que uno y otro habrían tenido motivos especiales, aunque diferentes, para interesarse en este nuevo movimiento.

En lo que concierne a Stuart Mill, sus inclinaciones, sino socialistas, al menos socializantes, lo llevaban a estudiar con simpatía todos los esfuerzos dirigidos al mejoramiento de la suerte de las clases obreras. Es así que la participación en los beneficios, y especialmente la asociación

¹ Artículo publicado en la *Revue des Études Coopératives*. Première année N° 1. Oct.-Déc. 1921. pp 15-28. Traducción libre de Mirta Vuotto.

cooperativa de producción, llenaron numerosos capítulos de su gran tratado de economía política. Alaba con entusiasmo estas instituciones como los comienzos de realización de lo que denomina “un noble ideal”, la emancipación de la clase salarizada. Aunque no hay duda de que los Pioneros de Rochdale acababan de abrir otra vía para esta emancipación. Y sin embargo, ¡cuánto ha pasado cerca del mismo propósito! Desearíamos abrirle los ojos, como en el juego de niños a las escondidas, o cuando el que busca pasa cerca del objeto escondido y sin dudargrita: “¡quemá!” Es así que expresa muchas veces el pensamiento de que el tributo indebidamente sacado a los consumidores por los intermediarios es superior al quitado por los capitalistas a los asalariados, y que los trabajadores ganarían con la abolición del primero más que con la del segundo. Lo que constituye todo el programa de la cooperación de consumo.

Con Bastiat otra cosa. Bastiat de ninguna manera era socialista; permaneció por el contrario como protagonista del liberalismo más intransigente. Pero su liberalismo, por más opuesto que fuese al socialismo, no era un individualismo egoísta: nadie reclamó con más energía que él la subordinación del interés individual al interés general; y sobre todo nadie ha afirmado más enérgicamente que este interés general se confundía con el interés de los consumidores. ¡Escuchen!

El consumidor, el público, en relación con la pérdida o el beneficio que afecta en primer lugar a tal o cual clase de productores, es lo que la tierra a la electricidad, el gran reservorio común. De modo que luego de algunos desvíos más o menos largos..., todo vuelve... Por consiguiente, todas las grandes cuestiones deben ser estudiadas desde el punto de vista de los consumidores, si se quiere captar las consecuencias generales y permanentes².

Bastiat no se limita a establecer la preeminencia económica del consumidor: quiere demostrar también supremacía moral. “Si la humanidad se perfecciona, dice, no es por la moralización del productor, sino por la del consumidor”³. Así, por ejemplo, declara que el consumidor y no el productor- es responsable de los consumos nocivos como el del alcohol. De ahí a demandar que el gobierno económico sea quitado al productor para ser transferido al consumidor, porque es este y no el Estado, el verdadero representante del interés público y, para encontrar los medios más apropiados para alcanzar este fin- parece que no hay más

²Harmonies, cap. XI, p. 414.

³Harmonies, cap. VI, p. 419.

que un paso a dar. Pero Bastiat no lo dio. ¡Y más aún! ni una línea de sus escritos indica que haya dudado de que ya varios miles de hombres se habían agrupado en vistas de realizarlo que aspiraba, es decir, la subordinación del interés del productor a la del consumidor. Que un hombre como él, quien en su lecho de muerte dijo por últimas palabras según su amigo Paillotet: “es necesario tratar a la economía política desde el punto de vista del consumidor”- haya ignorado la existencia de sociedades cooperativas de consumo, constituye un fenómeno de ceguera científica propio para inspirar una modestia saludable a todos los sociólogos. Pero ¡quién sabe cuáles son los grandes hechos del futuro con los que nos cruzamos, también, sin verlos, y por lo cual nuestra ignorancia no será perdonada!

Es por eso que el silencio de Stuart Mill y de Bastiat no debe ser interpretado como la marca de un sentimiento hostil a la cooperación, ya que hay lugar para pensar que si ellos la hubiesen conocido la habrían aplaudido como a la realización de su programa. Sin embargo, hay lugar para sorprenderse de esta ignorancia en dos grandes economistas consagrados a la observación de los hechos sociales, y esto da al menos para pensar que si no pensaron en observar en esta dirección es quizás porque ella estaba fuera de los horizontes familiares para la economía clásica. En efecto, es a la libre competencia, a la “competition”, expresado mejor por la palabra inglesa, a la que ellos miraban como a la estrella polar- ahora bien, ¡la cooperación está ubicada justo en el polo opuesto!

Pero sus sucesores ya no tenían más la excusa de la posible ignorancia de la existencia de sociedades de consumo, ya que la descendiente Rochdalese estaba multiplicando como la de Abraham y a partir de 1866 comenzaron a proliferar tanto en Francia como en la mayor parte de los países de Europa. El movimiento cooperativo se anticipó de 20 a 30 años al movimiento sindical. Sin embargo los economistas de la segunda mitad del siglo guardarían el mismo silencio.

A decir verdad, no estoy en condiciones de afirmarlo mismo con respecto a los economistas ingleses. Recuerdo incluso que uno de los sucesores más eminentes de Stuart Mill, Cairnes, escribió en algún lugar que “la cooperación es la única salida a la situación actual”(¡ya!), pero probablemente, como su maestro Stuart Mill, miraba más bien la cooperación de producción que la de consumo. Incluso, en lo que concierne a los economistas de lengua francesa de esa época, Michel Chevalier, Courcelle-Seneuil, Maurice Block Garnier, Le Play, Molinari, Cherbuliez (de Suiza), Laveleye (de Bélgica), no puedo certificar sin tener

alguno de sus libros bajo la vista en el momento en que escribo estas líneas, que nunca hablan en ningún lugar de las sociedades de consumo. Pero, lo que sé bien es que habiendo comenzado mis estudios económicos por la lectura de sus libros no encontré nada que atrajese mi atención sobre estas organizaciones. Y fue solamente en un viejo almanaque o anuario, socialista o anarquista, que un artículo de los hermanos Reclus me reveló la historia de los Pioneros de Rochdale y la existencia de las sociedades de las cuales son padres.

Sin embargo, en la última década del siglo los economistas comienzan a hablar de la cooperación. No podían continuar ignorándola ya que era la época en que se constituía la primera organización de las sociedades de consumo gracias a la iniciativa de nuestros amigos de Nîmes, particularmente de DeBoyve -el primer Congreso es de 1885- y fue también donde intenté formular bajo una forma popular el programa integral del cooperativismo.

En su gran Tratado de Economía Política, Paul Leroy-Beaulieu consagró un largo capítulo a refutar ese programa. Por lo demás, Leroy-Beaulieu criticaba casi la cooperación en tanto que institución de mejora social, la aprobaba, incluso la recomendaba como propia para reducir el costo de vida para la clase salariable y para moderar, por una saludable competencia, los apetitos de lucro de los comerciantes. Solamente no admitía que la cooperación se planteara como instrumento de renovación social. No cesó de burlarse de ella por sus ambiciones “palingenésicas”, palabra irónica que a menudo vuelve bajo su pluma. Le reprocha querer imitar a la rana que se quiere hacer más grande que el buey⁴ y le administra por su bien unos paños fríos.

Estas apreciaciones de Leroy-Beaulieu, se encuentran más o menos como se muestra en los escritos de todos los economistas hasta el día de hoy. Ya sea Levasseur -cuyo espíritu, moderado por la enseñanza de la historia económica, fue el menos dogmático y el más liberal de la llamada escuela liberal- o Cheysson, o el director del Journal des Economistes, Yves Guyot, o los sucesores de Leroy-Beaulieu en L'Économiste Français, o los miembros de la Société d'Économie politique, o aquellos de mis colegas que enseñan economía política en las Facultades de Derecho, todos con más o menos benevolencia, más o menos ironía, más o menos escepticismo, hablan de las sociedades de consumo como una forma de organización comercial interesante que puede proporcionar a la clase

⁴NT. El autor hace referencia a la fábula de Jean de la Fontaine - La rana que pretendía igualarse al buey. De la Fontaine, Fables, Livre I - Fable 3. Barbin & Thierry, Paris, 1668

obrero los mismos o mayores beneficios que los que ofrecen a la clase burguesa los grandes almacenes o cadenas de tiendas. Bajos precios, autenticidad de productos vendidos, pequeños suplementos de ingresos en forma de bonificaciones que invitan al ahorro, son los beneficios que todos los economistas reconocen; e incluso están dispuestos a admitir que estas ventajas pueden ser suficientes para compensar tantas causas de inferioridad inherente a estas organizaciones –que, por otra parte señalan– solo por la incompetencia de los administradores. Incluso admiten de buen grado que, cuando estas empresas no están pervertidas por ambiciones quiméricas, son propensas a dar a sus miembros un sentido de los negocios, una cierta comprensión del papel del capital y de la importancia de la dirección y, por consiguiente ejercer una acción conservadora saludable y levantar un dique contra el empuje revolucionario –casi como las sociedades de ayuda mutua.

Pero inmediatamente agregan que nada indica en la evolución económica actual, que estas sociedades consiguieran alguna vez absorber el comercio minorista o mayorista, menos aún la producción, ni, se aproximan, siquiera de lejos, al objetivo que le muestran algunos falsos profetas que hacen de esto el juego de los socialistas.

En resumen, los economistas quieren sociedades cooperativas, pero no quieren cooperativismo, en el sentido de programa de transformación social, tal como se propone enseñar y propagar esta revista.

Y la prueba es que el manifiesto publicado en mayo pasado, que tiene como finalidad exponer este programa y darlo a conocer en los medios académicos, si ha recogido más de 200 firmas de profesores, sólo tiene el número de una decena de economistas profesionales e incluso, muchas de las firmas han sido dadas menos como aprobación del programa enunciado que como testimonio de simpatías personales a los fundadores de la nueva Liga. Esta revista, por tanto, no debe vanagloriarse de encontrar entre los economistas una acogida muy entusiasta.

Pero cuando la revista comenzó, no fue inútil constatar esta fría acogida y buscar las razones.

En primer lugar, podemos preguntar a los economistas, al menos a aquellos que han querido enunciarlas.

La objeción principal formulada por Paul Leroy-Beaulieu, más allá de las críticas generales relativas a las exageradas pretensiones de los cooperativistas, es que el modo de organización cooperativo constituye una regresión, una especie de retorno al régimen conocido en economía

como "economía doméstica", es decir, aquella en la que no existiendo aún el intercambio y la división del trabajo, cada familia debía proveer ella misma a todas sus necesidades. Ahora bien, volver a este estado prehistórico, al menos patriarcal o feudal, ¿no constituye el ideal de los cooperativistas, ya que se esfuerzan por hacer de cada sociedad cooperativa, o del conjunto de estas sociedades federadas, una economía cerrada en la que estas organizaciones producirán y redistribuirán todo lo que es necesario para sus necesidades?

El argumento es bastante tópico. No sólo no refuta la exactitud, sino por el contrario, lo hace valer a menudo a nuestro entender, porque lejos de depreciar la cooperación, me parecía una razón más para quererla. Sí, la cooperativa de consumo no es más que "el hogar ampliado". Es lo que Fourier llamaba "la Asociación doméstica"; y añadía "y agrícola", pero esto lo dejamos para más adelante.

Sí, la sociedad de consumo -que hace sus propias provisiones, su pan, sus mermeladas, su carne, su pastelería, a veces la ropa, a menudo los zapatos y las prendas de vestir, que construye su propia casa; en todas las cosas buena ama de casa, sabiamente ahorradora, que produce solo dentro de los límites de sus necesidades y haciendo caso omiso de las crisis de sobreproducción- esta es una economía que se aproxima a la tribu patriarcal, a la *zadruga* serbia, a la villa romana con sus esclavos, al señorío feudal. Y, más cerca de nosotros, me recuerda la casa materna en la pequeña ciudad de provincia donde nací o donde estábamos de fiesta en casa viendo hacer mermeladas o salchichas.

La resurrección de las formas del pasado no es una prueba de regresión, sobre todo cuando esta economía antigua revive en estos "hogares" cooperativos ¡que en ocasiones abarcan desde 50.000 a más de 100.000 familias! Los casos de "retorno al pasado" son uno de los fenómenos más conocidos, no solo en el mundo económico, sino en todos los ámbitos e incluso se sabe que fue elevado a la dignidad de una ley sociológica, la de los *corsi*, o de los ciclos. ¡Cuántas instituciones políticas, religiosas, jurídicas, militares -sin hablar de las producciones literarias y artísticas- que deberían descalificarse como regresivas si se aplicara el mismo criterio que Leroy-Beaulieu a nuestras cooperativas!

Pasemos a otro gran líder de la escuela liberal, Vilfredo Pareto. Su crítica es muy similar a la precedente: que la realización del programa cooperativista sería el reino de la incompetencia. El consumidor, de hecho, no tendría la capacidad requerida para controlar la producción.

Destronando al productor del gobierno económico, se inauguraría el reino de la anarquía o del letargo.

Todos los progresos que se han realizado en el orden económico se deben únicamente a los productores y debieron imponerse, a menudo con gran dificultad, al consumidor. Este no ha sido más que un burgués inerte y pasivo: que no piensa en convertirse en su propio pastor y deja a los técnicos, formados por una milenaria evolución en la división del trabajo, el cuidado de proveer a sus necesidades.

¡Bueno! no vamos a impugnar tampoco estas críticas. Nadie habló del consumidor en términos más enérgicos que nosotros. Sí, incapaz de sentir otras necesidades distintas a las que ha conocido, aún se alimentaría con bellotas o, al menos, con pan negro, si los productores, los vendedores, no se hubiesen esforzado en inculcar nuevas necesidades. E incluso en caso de superar y romper la rutina en la que está metido el consumidor, han abusado poco del reclamo, no seremos nosotros los que les reprocharíamos.

Aún si reconocemos la estupidez inconmensurable del consumidor, no concluimos que ella sea incurable, sino que es una razón más para su educación económica. Ahora bien éste es precisamente el papel de las organizaciones de consumidores: no sólo de las sociedades de consumo propiamente dichas sino también de las "ligas de consumidores" o "ligas sociales de compradores", que tienen objetos algo diferentes pero todo esto en común: enseñar al consumidor cuáles son sus derechos y deberes, hacerle comprender cuáles son sus verdaderos intereses.

Luego ¿no es extraño ver a los economistas de la escuela liberal -quien con Bastiat y antes de él, Adam Smith, habían proclamado que era necesario ante todo ubicarse desde el punto de vista de los consumidores-, declarar la incapacidad perpetua del consumidor? Pero entonces, ¿quién, por favor, se ubicará desde el punto de vista del consumidor? ¿Será el productor, de quien dijo Adam Smith que siempre que se reúnen los productores, conspiran necesariamente contra el interés público? Será el Estado, cuya incapacidad siguen denunciando los economistas de la escuela liberal? ¿Quién entonces? ¿Quién, sino el propio consumidor, mejor esclarecido sobre sus verdaderos intereses?

Consultemos también al más puro representante de la escuela liberal, Yves Guyot. Niega cualquier antipatía contra las cooperativas y afirma incluso que ha expresado sus sinceros deseos de que se desarrollen a condición de que acepten la igualdad en su lucha contra los comerciantes, el *fairplay* y no pretendan dejarse llevar por los privilegios.

¿Cuáles son esos privilegios? Es ese un argumento que hay que confiar a los comerciantes y arrendatarios que lo repiten a diestra y siniestra.

¿Se trata de exención de impuestos? La cooperación, como todos los comerciantes, acaba desometerse al impuesto a la facturación, es cierto, después de una larga discusión, lo que prueba simplemente que no reclamaba un privilegio, aunque la cuestión fue muy controvertida.

Y, de hecho, ¿los comerciantes pagan el impuesto sobre los bienes que se venden a sí mismos para su consumo? Desde luego que no: esta es precisamente la situación de las cooperativas, aunque ellas no han insistido. En cuanto al impuesto sobre los beneficios industriales y comerciales (la antigua patente), la pagan sobre las ventas realizadas al público, no sobre la que hacen a sus miembros; ¿dónde encontrar, de hecho en este caso, que se obtienen beneficios, dado que los restituyen a los socios compradores?

¿Se trata de estímulos dados por el Estado bajo diferentes formas y especialmente en forma de anticipos? Es cierto que, desde 1917, como resultado de los servicios prestados por las cooperativas de consumo durante la guerra, se estableció un fondo de dotación de 2 millones, que ascendió a 13 millones en 1919.

Está alimentado por créditos consignados en el presupuesto anual, que actualmente es de 500.000 francos. Pero estos fondos no se otorgan, son un préstamo- a una tasa muy baja, es cierto 2%, reembolsables en un plazo máximo de 5 años⁵ Ellos solo se prestan a las sociedades que justifiquen ser cooperativas realmente, es decir, que casi no reparten dividendos a los accionistas, solamente un retorno sobre las compras. En la actualidad, el total de préstamos concedidos a las sociedades ascendieron a 11.825 millones de francos sobre los que 2.097.000 francos ya han sido pagados, y no hay más que un insignificante vencimiento de 1.950 francos retrasado.

¿Es esto un privilegio? No, en absoluto, porque no hay privilegio donde hay igualdad; ahora bien los comerciantes ordinarios gozan exactamente de la misma ventaja. Fue creado también para ellos y para los pequeños artesanos, una caja de crédito de 40 millones, creo, y se presta a un interés módico. Si los economistas responden que es conveniente suprimir todos estos avances, es otra cuestión, y no creo que las cooperativas, en este caso, hicieran oír muy fuertes protestas ya que una docena de millones para distribuir entre 3000 y 4000 sociedades es muy

⁵ Solamente para las asociaciones cooperativas de producción existen préstamos propiamente dichos, subvenciones a fondo perdido, del resto poco importantes.

poca cosa: incluso sería insignificante si todas las sociedades lo utilizaran, pero hay muy pocas que utilizan estos avances. De hecho, es apenas cuando el crédito no es suficiente para procurarse mucho más por las vías ordinarias.

Todo esto son mezquinas disputas que resultan insuficientes para explicar la actitud desafiante de los economistas frente a la cooperación si no tuviesen contra ella una grave imputación: es que ella es socialista, dicen, y es un socialismo tanto más peligroso cuanto que se presenta bajo colores moderados.

Pero nuestro programa ¿Merece el epíteto socialista en el verdadero sentido de la palabra? Esa no es la opinión de los socialistas que durante la segunda mitad del último siglo han denunciado a la cooperación como burguesa e incluso hoy, no se unen sin reservas.

En el último congreso de la Alianza Cooperativa en Basilea, los comunistas se negaron a asistir, diciendo que no había nada que esperar. ¿Dónde está nuestro socialismo? ¿Nos pueden reprochar querer la abolición de la propiedad y del capital? No, las sociedades cooperativas son sociedades por acciones constituidas con arreglo a la ley. No suprimen la propiedad, por el contrario, la multiplican, bajo forma de acciones, de títulos de depósito o de ahorro. No tienden a una confiscación o expropiación de los capitales existentes. No toman más que lo que se les ofrece y paga generosamente, con un interés del 6 y 1/2 a 7 % en este momento.

¿Esto es la abolición de la ganancia? Es cierto que esta es la consigna de la cooperación que ha recibido de Owen, y que mantuvo fielmente. Pero ¿cuál es el beneficio que busca obtener con la abolición? No es el que en todos los tratados de economía política se presenta como componentes de la ganancia, no es la remuneración del trabajo ejecutivo, ni el interés del capital ni la prima de seguro contra el riesgo: no, todo esto, es aceptado por la cooperación y lo inscribe en sus gastos generales. Es solo cuando el precio de venta es superior a la suma de todos estos gastos legítimos, que pedimos la supresión del excedente por no tener justa causa, sin otra causa, al menos, que la existencia de un monopolio que permite al vendedor extorsionar al comprador al máximo de lo que le permite su bolsa.

¿Y por qué los economistas protestarían contra esta tesis, mientras que ellos mismos no han dejado de enseñar que el efecto necesario y saludable de la competencia era reducir el precio de venta a nivel de los costos de producción, entendiéndose por esto, al igual que los

cooperadores, todos los elementos necesarios de la producción? Mientras que los más ilustres, como Stuart Mill, ¿han incluido en el número de leyes directivas de la ciencia económica la progresiva disminución de los beneficios? Y sostenían sin temor este punto de vista, que hace estremecer hoy a sus tímidos sucesores -no todos aún- porque Walras reanudó y resumió esta ley bajo la fórmula lapidaria, que adoptamos como nuestra "la tasa normal de ganancia es cero".

¿Es esta la primacía y el derecho de control del consumidor que reclamamos? Pero ¿no es la consecuencia lógica de la doctrina de Bastiat, como ya hemos indicado, y de todos los economistas que declararon después que el interés público se confunde con el interés del consumidor?

Sé que los economistas responden que para salvaguardar el interés público, es necesario dejar actuar a la competencia entre los productores. Pero los hechos demuestran que, lejos de acercarnos a este régimen ideal de la libre competencia, la evolución económica parece desviarnos cada vez más. La competencia, tanto nacional como internacional, ha sido disciplinada por los productores para su propio beneficio y no queda más que la elección entre el control del Estado o el de las cooperativas. ¿Cuál de los dos es más agradable y menos odiado por los economistas de la escuela liberal? Todos sus principios deberían obligarlos a optar por el control de los consumidores⁶.

⁶Recientemente (13 de septiembre) los periódicos reproducen el discurso del Subsecretario de Estado para el Suministro, M. Paisant, que confirma curiosamente la opinión que expresamos más arriba: "Los comerciantes reclaman la libertad comercial. De hecho es la situación normal y deseable para el comercio, pero la libertad debe tener por regulador a la competencia y esta no existe, por el momento al menos. Todas las corporaciones, o casi todas tienen en su dirección un sindicato que establece sus tarifas bajo la forma de precios indicativos. Se trata de actividades que son absolutamente contrarias a la libertad y que superan las atribuciones de los sindicatos para estar bajo la rúbrica general de la coalición." Para remediar esta situación, no veo más que una sola manera: crear a partir de cero la competencia por cooperativas o por organizaciones municipales. Yo prefiero estas últimas. Las cooperativas de hecho con frecuencia tienden a convertirse en verdaderos trust capitalistas (sic). Las organizaciones municipales son el arma infalible cuando están bien administradas. En Beauvais, una carnicería municipal admirablemente gestionada alimenta hoy a la mayoría de la ciudad y obligó a todos los carniceros de la región a bajar sus precios. Se debería establecer carnicerías municipales en todas las ciudades principales de Francia. Ellas serían el mejor elemento de la armonía de precios". El Subsecretario de Estado, por tanto, no ve tampoco ninguna garantía para el consumidor en la competencia. Sólo ve la alternativa entre las cooperativas y las municipalidades, pero se pronuncia por estas últimas, es su derecho. No discutimos aquí el argumento inesperado que formula contra las cooperativas y que parece indicar que no conoce muy bien su organización.

Por lo tanto, no nos rebelamos contra la economía clásica. Por el contrario, todas las grandes directrices del programa cooperativista – subordinación de los intereses de los productores a los de los consumidores, libertad de cambio al exterior y al interior, expectativa de una nueva era que se caracteriza por el establecimiento de un precio justo, lo que significala eliminación de cualquier exacción parasitaria- no son otras que las que habían trazado los maestros de la economía liberal. Y son los economistas liberales de hoy quienes, por temor a las consecuencias lógicas de estos principios, ya no quieren la ley decreciente de ganancias la hegemonía de los consumidores o, al menos, no quieren ver "estados límite", cuya realizaciónno les parece posible ni deseable.

De manera que podríamos pretender sin mucha paradoja que nosotros somos el verdadero linaje de Bastiat, Stuart Mill y Walras–al igual que los Reformadores del siglo XVI que tenían motivos para reclamar, contra la Iglesia Romana, su filiación directa con el Evangelio y los apóstoles.

Entre economistas y cooperadores es casi una querrela de sucesión: es cierto que son las peores.

Los cooperadores ¿cuentan con realizar este programa, por la revolución como los bolcheviques? ¿o por la conquista de los poderes públicos, como los marxistas? o, más modestamente,¿por la acción legislativa como los socialistas de Estado?¡Ni siquiera! Los cooperadores excluyen de su programa, no solo a toda acción revolucionaria, sino incluso a toda acción política. Se atienen únicamente a la acción económica y ni siquiera pretenden ejercer esta acción en sí, más que por la libre asociación,por la unión de buenas voluntades.

¿Qué diferencia hay, por lo tanto, entre los economistas de la escuela liberal y los cooperadores?Puesto que al mismo fin tienden unos y otros.¿La diferencia es que aquéllospiensanllegar allí por la competencia y estospor la cooperación? Pero ¿por cuál de las dos vías, el régimen ideal que acabamos de esbozar tiene la mayor posibilidad de realizarse? Puede ser que por ninguna,pero en cualquier caso,no creemos que alguienesté dispuesto hoy a apostar por la primera.

¿Qué debemos concluir? Que si los economistas y los cooperativistas casi no se quieren, es menos por oposición de doctrinas que por incompatibilidad de espíritu. No somos de la misma religión, o más bien no somos del mismo mundo, en el sentido "mundano" de la palabra. No

frecuentamos la misma sociedad. La escuela liberal es más conservadora incluso que liberal, en el sentido que la libre competencia que reclama no le aparece deseable, más que si tiene por resultado mantener el orden económico existente en sus líneas generales. Ella cree sinceramente que la existencia de la sociedad está ligada a la de la sociedad burguesa. Y cualquier acción que tiende a transformarla, incluso cuando no ha recurrido para ello a la asociación libre, tal como la cooperación o el sindicalismo, le aparece como nefasta.

Los cooperadores no son revolucionarios. No buscan una solución fuera de las leyes económicas pero no tienen miedo a seguirlas hasta el final, por más lejos que puedan ser conducidos. En razón de la situación que ocupan las cooperativas en los círculos populares, participan más de cerca en la vida del pueblo y de sus necesidades. Aceptarían de buen grado por lema esta palabra tan revolucionaria de un hombre que fue apenas el piadoso pastor de Lausanne, Vinet: "Un pueblo nunca demanda más allá de sus necesidades reales".

La serie *Documentos del Centro de Estudios de Sociología del Trabajo* se publica desde 1996. Los documentos contienen:

- Resultados de investigaciones realizadas por miembros del Centro,
- Presentación de actividades académicas,
- Traducciones de artículos publicados en revistas especializadas en economía social.

Documento 78

Publicación del Centro de Estudios de Sociología del Trabajo

Facultad de Ciencias Económicas. UBA

Editor responsable: Mirta Vuotto

Ciudad de Buenos Aires, septiembre de 2012